Mª Isabel Muñoz Sotés



Coche Amarillo, Gorra de Plato, Ropa Tendida y Perro

Vision Libros

Mª Isabel Muñoz Sotés

Coche Amarillo, Gorra de Plato, Ropa Tendida y Perro

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2011 Coche Amarillo, Gorra de Plato, Ropa Tendida y Perro
© Mª Isabel Muñoz Sotés
© 2011 Editorial: Vision Libros
C/ San Ildefonso nº17 Local, 28012 Madrid. España
Web: www.visionnet-libros.com Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9983-755-0

Disponible en papel y ebook
www.visionlibros.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

A la memoria de Pablo y
a la memoria de Quica,
mis queridísimos padres.
"Tanto monta"

PREÁMBULO

"BAJO EL PALIO SONROSADO DE LA LUZ CREPUSCULAR"

El bolero llenó una época de mi vida. Fue en la década de los cincuenta. La colección de boleros que honra los espacios íntimos de mis estanterías, constituye uno de los tesoros más preciados de todos cuantos poseo. Inicié la década en la adolescencia y la concluí en plena juventud. Hoy pienso que fueron los mejores años por los que he pasado. En España, carecíamos de muchas cosas, pero poco a poco íbamos teniendo más. Yo no había conocido tiempos mejores y, al no tener elementos de comparación, aquellos no me parecían tan malos. Seguramente fue la dura posguerra lo que predispuso el ánimo de mi generación para abrir de par en par las puertas a los boleros que cantaban: Lucho Gatica, Antonio Machín, Nat King Cole Lorenzo González, Los Panchos, Chavela Vargas, Jorge Sepúlveda... En sus letras estaban comprendidos: el amor, el odio, la pena, la ansiedad, la desesperación, la angustia, la melancolía y sobre todo la nostalgia. Valores que constituían un lujo en tiempos de posguerra y que se convirtieron en asideros para una generación que teníamos mucha experiencia en soñar.

En este libro autobiográfico, he querido hacer un modesto homenaje a aquellos poetas, aquellos músicos y aquellos vocalistas que nos introdujeron en otra realidad más romántica. Benditos boleros, que nos quitaban el hambre y nos invitaban a navegar sobre un mar de ilusiones. Yo pretendo que lo que relato en estas páginas, precedido cada capítulo con el título de un bolero, tenga otra dimensión. Estoy informada de que ya se han inventado los libros con técnicas increíbles, pero eso no es lo que yo quiero decir. Lo que intento es que esta historia, que es parte de mi vida y parte de la vida de una generación que ya está en peligro de extinción, tenga música, pero no objetivamente hablando, sino intuida. Es sólo un ejercicio de imaginación.

CRONOLOGÍA

AÑO 2009. DOMINGO, 6 DE SEPTIEMBRE

La niebla presagia un otoño sin sol, aunque en Galicia nunca se sabe y septiembre suele ser un mes muy bueno en la Ría de Arosa.

Hoy la Ría está en calma chicha, parece de plomo y los barcos fondeados a pocos metros, frente a mi casa, se asoman y se esconden entre la niebla como si fueran fantasmas. La otra orilla de la Ría, la de Pontevedra, ha desaparecido. Igual que los montes de Barbanza y que el puerto deportivo o el muelle de los atuneros. La densa bruma ha invadido todo y da la sensación de que más allá de las cristaleras de mi ventana sólo estuviera la nada.

Este ambiente de inevitable nostalgia, combinado con la tristeza de haber visto partir hacia Madrid a toda la familia, concluidas sus vacaciones, me ha traído a la memoria la carpeta con notas, datos y fotografías, que dejé en el cajón de mi mesa de trabajo cuando llegué aquí al principio del verano. El objeto de las notas y demás elementos, es que me recuerden que tengo una tarea pendiente, bien entendido que en este dulce tiempo de la jubilación, el escribir es sencillamente una afición, no un trabajo y el calificarlo de "tarea" es sólo una forma de llamar a las cosas No son muchas notas, apenas unos folios. Yo las entiendo y puedo desarrollarlas si lo hago pronto, como me propuse cuando las tomé, porque si lo dejo para más tarde, posiblemente terminaría arrojándolas a la papelera, como he hecho otras veces, dando por desechado un viejo proyecto que repica en mi mente desde hace bastante tiempo, con lo que corro el riesgo de olvidarlas ya que, aunque me encuentro relativamente bien de salud, por mi edad, me muevo en esa ruleta rusa de probabilidades de ir perdiendo la memoria o la vista, con el peligro que conlleva la remota, pero no desechable posibilidad de dejar mi pasado aparcado en algún rincón inactivo del cerebro y comenzar con una nueva vida que esté ahí, sin que me conste

que haya estado antes en otro sitio. Me preocupa y si, en el peor de los casos sucediera, deseo que mis hijos y mis nietos sepan que he vivido mi tiempo, que no he sido una de esas personas cuya existencia se limita a pasar por la vida y ser simplemente una rama más de un árbol genealógico que, seguramente, nadie tenga la curiosidad de dibujar

Caprichosamente he decidido que el lugar más adecuado para desarrollar este proyecto sea La Puebla del Caramiñal, ahora llamada A Pobra do Caramiñal, pero que para mi será siempre "La Puebla". Está ubicado en la ribera norte de la ría de Arosa, ahora llamada "Arousa" y pertenece a la provincia de La Coruña. Lo he elegido así porque para mí es un lugar evocador al que estoy muy agradecida por los efectos beneficiosos que me han proporcionado siempre sus verdes paisajes y sus frías aguas, a las que he vertido no pocas preocupaciones a lo largo de muchos años. Empecé a veranear aquí en el año 1955. Veníamos toda la familia: mi padre, mi madre, mi hermano y yo. Desde Madrid viajábamos en un achacoso cacharro con ruedas y motor que habíamos comprado, de segunda mano, cuando las cosas comenzaron a irnos un poco mejor. Era un Fiat 1.500, morro bajo, del año 36, que tenía matrícula de la Coruña. En la puerta de nuestra casa de Madrid, ya con el coche cargado de maletas y de otras miles de cosas, mi padre siempre nos hacía la misma advertencia: "Ya sabéis que las vacaciones comienzan desde que salimos de casa" Y, efectivamente, el viaje hasta Galicia solía ser una aventura. No sólo hervía el agua del motor en cuanto salíamos de Madrid y subíamos por la cuesta de las Perdices y no digamos si llegábamos al puerto de los Leones. Había que parar hasta que se enfriara, pero eso no era lo peor, lo peor era que se averiaba por cualquier sitio. Una vez, cuando habíamos conseguido llegar a Galicia y ascendíamos, con la primera metida, por las pronunciadas curvas de la sierra de la Gudiña, en la provincia de Orense, comenzó a renquear y los cuatro supimos de inmediato que era una pésima señal. No había, en leguas a la redonda, ni pueblo ni aldea. Enmudecimos con gesto de máxima preocupación pero expectantes, hasta que el coche decidió pararse en pleno bosque. El sol se ponía entre el boscaje que nos envolvía

por todas partes y de vez en cuando asomaba entre pico y pico de algunos montes. Mi padre consultó su reloj y comentó en voz baja que era mala hora para una avería que tenía aspecto de ser importante. Se había roto un palier y, tras los intentos infructuosos de desmontarlo, por parte de mi padre, de mi hermano y de otros usuarios de la carretera que, solidarios, se paraban para ayudarnos, lo pudo por fin desencajar y sacar de la pieza que lo sujetaba, el conductor de un vehículo de viajeros, no menos cochambroso que el nuestro, de los que entonces se llamaban camionetas, que hacía el trayecto entre Orense y Zamora. Era un señor, de unos cincuenta años: corpulento, bajito, con los brazos cortos pero potentes.

Mi madre y yo tuvimos que dormir en un pajar sin puertas ni luz, que encontramos a pocos metros de donde nos dejó plantados el coche. Mi hermano y mi padre lo hicieron en medio del bosque, desembalando una tienda de campaña que llevábamos en la baca, sujeta con pulpos y que habíamos comprado en previsión de que pudieran suceder cosas como las que nos estaban sucediendo, Los dos aseguraban, por la mañana, que los lobos habían estado merodeando el campamento, por lo que no habían pegado ojo en toda la noche. Al día siguiente, cuando pasó la camioneta haciendo el trayecto de vuelta, desde Zamora a Orense, el mismo señor, bajito y corpulento, colocó con destreza en nuestro coche el palier, una vez reparado, mientras los sufridos viajeros esperaban, sin protestar, sentados en sus incómodas butacas. Fue la vez que peor se portó nuestro anciano Fiat. En otras ocasiones las averías eran más leves y las podían arreglar entre mi padre y mi hermano, que aprendieron mucho de mecánica. También colaboraban siempre los escasos viajeros que transitaban por aquellas pésimas carreteras de Galicia: estrechas, empinadas y onduladas como viejos toboganes de feria.

El año que llegamos a Puebla por vez primera mi hermano tenía mediada la carrera de medicina y yo me había examinado de primero de derecho.

Ha transcurrido más de medio siglo desde entonces. Mis padres han muerto y ahora vengo a La Puebla con mis hijos y con los nietos. No ha cambiado mucho. Mientras otros municipios (concellos) vecinos como Boiro y Ribeira han crecido en demasía y han perdido su personalidad, La Puebla la conserva más o menos como antaño, aunque se haya transformado el estilo que tenía el Paseo del Arenal, que bordea la playa, al desaparecer las fábricas de conservas que había en él y ser sustituidas por construcciones modernas, entre otras, el edificio de cristales en cuyo interior me encuentro escribiendo, desde el que diviso toda la Ría y tengo la impresión de estar navegando.

La configuración de La Puebla va paralela a su bahía; entre la Ría y los Montes de Barbanza. Enriquecida por la desembocadura de los ríos Lerez, Piedras y Barbanza. La limitación de los montes ha impedido su crecimiento en lo que es el centro urbano. Se han extendido las construcciones por la falda del monte. Con pocas urbanizaciones de las que despersonalizan los lugares, más bien con chalés y edificios de poca altura, que no deterioran su fisonomía. Toda la parte antigua, organizada en torno a las parroquias, tiene, además de los hermosos pazos, casas de granito envejecido, tanto por el tiempo como por la humedad, y permanece, afortunadamente, casi igual que hace cincuenta años, con la indudable mejora, que no altera el señorial aspecto de la Villa, de la gran explanada robada al mar para hacer su Plaza Mayor, que da cabida a miles de personas que se reunen durante las fiestas patronales u otros eventos de



Nuestro Fiat 1500, morro bajo

excepción, así como el enorme aparcamiento que alberga a cientos de coches, lo que permite un desahogo en el núcleo urbano, parte de cuyas calles han tenido el acierto de hacer peatonales. Grandes obras realizadas en tiempos diferentes: La primera durante los años ochenta, siendo alcalde Segundo Duran y la segunda, más reciente, ya bajo el gobierno municipal que encabeza el actual alcalde Isaac Maceiras.

A mí me unen a La Puebla unos lazos difíciles de describir, pero, personalmente, muy perceptibles sin que pueda precisar a través de qué sentidos. A veces necesito venir. Materialmente lo necesito. Yo digo que La Puebla me llama. Percibo una especie de atracción irrefrenable que me hace dejar todo y salir de inmediato en mi coche por la carretera de la Coruña, hasta llegar a La Puebla. Siempre tengo amigas y amigos que me están esperando y eso es algo que no tiene precio. Por todo ello creo que aquí me van a fluir mejor los recuerdos y me va a costar menos trabajo que en Madrid el realizar este proyecto en el que vengo pensando desde hace tiempo.

1ª NOTA:

MENSAJE EN UNA BOTELLA

No me refiero al título de una de las últimas películas que protagonizó Paul Newman antes de morir. Ocurrió esta primavera.

Durante el año pasado, el 2008, a través de Internet habíamos conseguido localizar a un grupo de compañeros de promoción. Según reza en nuestra orla:

"FACULTAD DE DERECHO -CURSO 1954/59-
UNIVERSIDAD DE MADRID".

Los que habíamos sobrevivido al medio siglo, desde que terminamos la carrera y nos habíamos encontrado ya, acordamos reunirnos y organizar una serie de festejos para celebrar las bodas de oro con nuestra promoción.

De una serie de comidas y algunas cenas salió un atractivo programa de eventos. Los máximos organizadores fueron dos compañeros que, casualmente, son los mismos que durante la carrera habían destacado por sus dotes políticas, disputándose en ocasiones el ser o no ser delegados de curso, del mismo modo que, al cabo de los años y demostrando que se cumple aquello de "genio y figura hasta la sepultura", tuvieron sus discrepancias en la organización de los eventos hasta que por fin reino la paz. Por fortuna para el resto de los compañeros, nuestros dos líderes, no sólo habían sobrevivido al medio siglo sino que incluso disfrutaban de una relativa buena salud.

Quisimos iniciar los festejos con un viaje que rememorara el que en su día se hiciera al terminar la carrera. Organizamos con "Viajes Marsans" un crucero por Noruega y en la tarde del 22 de mayo, volamos a Copenhague. En el puerto subimos a

bordo del trasatlántico "Opera" de la compañía SMC. Durante once días bordeamos toda la costa de Noruega, navegando por paisajes maravillosos, entre islas y fiordos de aguas profundas y montañas con las cumbres nevadas que, por infinidad de torrentes, derramaban sus gélidas aguas al mar. Seis días de navegación hasta llegar a Cabo Norte, cada uno más largo que el anterior, en proporción con sus noches, que se iban acortando en la medida que subíamos hacia el Ártico, hasta que nos quedamos sin ellas. Al regreso las fuimos recuperando poco a poco y lo celebramos, porque, acostumbrados a nuestras noches, no nos costó trabajo reconocer que éramos unos privilegiados. Dura vida la de los nórdicos. Es justo que tengan una de las rentas per cápita más altas del mundo.

Doce fuimos los que nos decidimos a hacer el crucero. Equiparados el número en función del sexo: seis hombres y seis mujeres. La convivencia resultó excelente, como era de esperar. En Cabo Norte tuvimos un brote colectivo de juventud e hicimos un botellón. La idea y la realización corrió a cargo de uno de los compañeros que se había llevado un par de botellas de buen vino de Rioja que nos calentaron los cuerpos, bajo la lluvia, el día más frío de todos los que duró el crucero. Después metimos un mensaje en una de las botellas vacías y, al bajar a la costa, la echamos al Ártico.

No recuerdo exactamente el texto del pergamino, pero sé que contenía los nombres de los doce. Decía también que nos habíamos graduado en la Universidad Complutense de Madrid en la promoción de 1954 a 1959, por lo que estábamos celebrando nuestras bodas de oro con la carrera y que agradeceríamos a quien encontrara la botella, la hiciera retornar a nuestra universidad.

Durante el crucero mantuvimos largas horas de tertulia para consolidar el reencuentro. Doce vidas, doce historias. Todas interesantes y todas diferentes. Yo imaginaba las vidas de cada uno de mis compañeros, según las iban esbozando, como once novelas, doce con la mía y de una de aquellas noches... sin noche, sobre la

popa del enorme barco, contemplando la espumosa estela blanca que dejábamos al navegar y los montes nevados de Noruega, tomé la decisión de escribir una historia: la mía. Ya había escrito dos novelas, varios cuentos y numerosos relatos cortos. A la mañana siguiente, que por la luz del ambiente, apenas se distinguía de la noche anterior, comencé a tomar notas.



Al regreso del crucero habíamos conseguido conectar con un número de compañeros que se aproximaba al centenar. La Facultad de Derecho, a través del Decanato, nos ofreció todo tipo de facilidades para que hiciéramos en sus locales las celebraciones oportunas.

El día diecinueve de Junio, A la una del medio día, tuvimos una misa en la capilla de la universidad y después, en la sala de juntas, bajo la estática mirada de todos los decanos que se han ido sucediendo desde que se construyó el edificio, cuyos grandes retratos, pintados al óleo, cuelgan de las paredes de la sala y presididos por nuestra orla colocada sobre un atril en la cabecera del salón, celebramos la comida en un ambiente de compañerismo difícil de describir.